

EL SER ERGUIDO Y LA EXISTENCIA

Por A. M. BERGMANN

¿Qué es existencia? Existencia viene de la palabra latina *ex-sistere*, lo que significa originalmente *salir de*; por ejemplo salir de una masa de hombres para incorporarse en una fila, para entrar en la sociedad humana o en un Estado. Lo mismo se puede decir de un árbol que “sale” del caos de la selva para ocupar un puesto en un parque. Estos seres existen auténticamente, son seres auténticos.

Existencia es más que un mero estar, es un pertenecer a una esfera superior, es un estar extático (no estático). Un árbol de la selva de cierta manera no existe. Este árbol *está*, mientras un árbol en un parque no está meramente, él —como dije— *existe*.

Por la pertenencia existencial a una forma arquitectónica (que es el parque), posibilitada por el propio carácter arquitectónico original del árbol como “figura”, se transforma el simple “estar” del árbol de la selva en *existencia del árbol del parque*. Su existencia es “desde sus raíces” algo diferente del árbol de la selva. Sí, el árbol de la selva se *puede* ver, pero el árbol en el parque está ahí *para verlo*. Se puede decir todavía más, él está ahí *para sentirlo*. El está *objetivamente* coordinado al hombre, pues el parque, al cual este árbol pertenece esencialmente, es de él y para el hombre. El árbol del parque de cierta manera es, lo que llamaron los filósofos medievales “*quantitas sensibilis et intelligibilis*”. Del árbol del parque vale de cierta manera también la frase de

Novalis: "No nos comprendemos jamás enteramente, pero podemos mucho más que comprendernos".

No es necesario que sea justamente un parque, puede ser también un hombre en una plaza, un ciudadano en su ciudad, una nave o un avión en un sistema arquitectónico, como el sistema de los paralelos y meridianos, o como el electrón o protón en un sistema físico-matemático. En todo caso este marco que da existencia auténtica al árbol, hombre, avión, nave o electrón, etc., es siempre algo esencialmente arquitectónico.

En resumidas cuentas: cada realidad auténtica, cada existencia necesita para ésta su existencia una arquitectura o un instrumento arquitectónico, así como se necesita un instrumento para hacer música. Sin instrumento musical no hay ni músico, ni música.

Cada instrumento al fin es una abstracción de este archi-instrumento que nuestro "mito" llama "Paraíso". Este "Paraíso" debe ser "creatio Dei", pues *todo* lo que es —inclusive el hombre— es ser en función de un instrumento, fuera del esencialmente mítico archi-instrumento mismo. Así, cada sér actúa su sér como siendo en función de la arquitectura. "El hombre, eso es el mundo del hombre", dice Marx. Una importantísima observación, solamente el "mundo" es algo muy diferente de lo que Marx piensa.

Dice Paul Klee: "El pintor es creatura en la tierra y creatura dentro de lo total, es decir, creatura en una estrella entre estrellas". Con esto dijo Klee algo eminentemente arquitectónico y algo determinadamente para la cultura contemporánea, siendo cosmos y arquitectura idénticos. La premisa para la comprensión correcta de esta observación, consiste en que el hombre no se debe comprender antropocéntricamente, es decir, en el sentido de que el hombre sea el centro geométrico-estático del universo, sino que el "fenómeno hombre" es como dice Teilhard de Chardin —"une forme suprémement caractéristique du phénomène cosmique".

La observación de la filosofía contemporánea, según la cual el ser y el existir de las cosas se determina al fin por la posibilidad del experimentar las cosas por el hombre concreto, no es bien correcta, pues no se trata, como el árbol del parque nos demuestra, de una mera posibilidad, sino de un cierto *deber*, de un deber constatar la existencia por el hombre, lo que se manifiesta en el hecho que (en nuestro caso) el árbol es "*para ver*". Existencia auténtica siempre se dirige al hombre, al "fenómeno hombre". Este "fenómeno hombre" de cierta manera está predibujado en el elemento arquitectónico de cualquier existencia, así como en el violín está predibujado el violinista. De cierta manera el violín "llama" al violinista, así como el cosmos "llama al hombre".

Podemos imaginarnos p. ej., que ciertos grupos de árboles en un gran parque hayan crecido casualmente en este o aquel lugar, porque el viento

llevó las semillas justamente a este puesto, y que este grupo de árboles forma ahora un conjunto excepcionalmente bello, tan bello como si hubiese sido plantado conscientemente en este lugar. Este hecho nos demuestra que su existencia les llega de sus relaciones arquitectónicas con el espacio arquitectónico, pues también estos árboles están en su lugar “para ver”, es decir, “para trascender a una esfera *superior* por medio de la conciencia humana”. En tal caso un autor o agente causante no ha existido. Es el espacio arquitectónico en cuanto tal, el que crea la “existencia” y que relaciona “figura” y “hombre”, creando así una situación esencialmente *transparente*, una situación transparente, cuyo núcleo vital es la conciencia del hombre. La relación de hombre y espacio arquitectónico es una relación “total”¹.

Con otras palabras: no es tanto la orientación directa del árbol al hombre, sino primordialmente la pertenencia arquitectónica, tanto del árbol (como figura), como del hombre (también como figura) a la esfera arquitectónica transparente (parque) que tiene en la conciencia humana, como dije justamente, su núcleo vital. El espacio arquitectónico se manifiesta aquí como un campo dinámico *sui generis*, cuya fuente vital es la conciencia humana.

El reconocimiento concreto siempre es un acto *en función del instrumento arquitectónico*. (*También el reconocimiento de sí mismo*). Así, el conducir el cuerpo arquitectónicamente, es decir, la acción arquitectónica del ser erguido, por ejemplo el deambular del hombre en un parque, en una plaza, en el interior de una catedral, no sólo determina la relación del hombre con el espacio, sino ver, oír, olfatear, saborear, así como todas las acciones sensitivas (conocidas y todavía desconocidas) del hombre, reciben por una vida arquitectónicamente conducida, un carácter propio, un carácter que corresponde esencialmente a la verdadera estructura y situación del hombre y a la verdadera estructura del cosmos, que posibilita el auténtico reconocimiento.

Esta forma existencial fundamental del comportamiento humano correcto, se puede y se debe desarrollar. La educación auténtica del hombre consiste justamente en el desarrollo de esta forma, forma nada exterior, sino lugar meta-arquitectónico de la existencia humana en cuanto tal. Esta educación transforma los sentidos naturales en auténticos sentidos humanos, pues el hombre, al contrario del animal, que inmediatamente después de su nacimiento es lo que debe ser, de cierta manera, no nace como hombre (sino como “pre-hombre”). *El hombre deviene*, y el hombre no deviene hombre si él no vive en y por su espacio arquitectónico que es, —como dije repetidas veces— el instru-

¹ Cfr. ERWIN STRAUSS, *Vom Sinn der Sinne*. Springer, 1956, pág. 101.

mento de su existencia. Desde este punto comprendemos la idea de la filosofía contemporánea que el hombre es “una promesa”.

Solamente por una tal educación y un tal desarrollo, los sentidos vuelven a ser sentidos *humanos*.

Qué inmensa e incomparable importancia tiene desde ese punto de vista el ambiente cultural en los primeros años del niño para la formación del hombre, es decir, los años desde la cuna hasta cuando normalmente comienza la “educación”, tiempo cuando el hombre forma sus sentidos, sus sentimientos, sus reacciones; cuando entra en consonancia viva con el mundo *auténtico*, es decir, con la estructura arquitectónica de su marco vital! Qué tiempo generalmente perdido para la verdadera formación.

Es una equivocación comparar el percibir sensitivo humano o el comportamiento humano, etc., con actos animales, exteriormente similares. Los actos sensitivos humanos como actos del sér erguido, son arquitectónicamente estructurados. Y como el animal se revuelca en el lodo, así el reconocimiento del hombre primitivo, infantil y sin formación auténtica se revuelca en el fango de la materia, si su forma arquitectónica no está desarrollada. Esta falta queda normalmente como una horrible llaga por toda la vida posterior. Es la “bestialidad de los sentidos”, trágica herencia de una infancia culturalmente abandonada, la que por instinto natural se dirige a la esfera animal-sensual. No se trata en este caso de “pecado” en el sentido común y corriente, sino de un horrible infantilismo *sui géneris* que busca instintivamente lo que está conforme a sus sentidos no formados. Aquí también la fuente de lo cursi en todas sus variaciones.

Tales fenómenos no tienen nada que hacer con pobreza o riqueza económicas. Al contrario: el pobre puede estar en mejores condiciones que el niño rico, si alguien existiese para ayudarle. Nuestros tiempos no saben vivir pobremente, con el efecto que la pobreza se transforma en miseria. Materialismo puede manifestarse, por ejemplo, tanto en abundancia de juguetes —fenómeno que se transforma en los adultos en “lujo”— como en abundancia de mugre caótica. El reconocimiento del hombre arquitectónico es enteramente diferente del reconocimiento del hombre en estado infantil, sea joven o viejo, sea pobre o rico. Por esto es tan difícil para muchos el reconocimiento de auténticas formas culturales superiores, pues la acción reconocitiva que relaciona al hombre por medio de consonancia y resonancia con ellas, no está desarrollada.

Debemos comprender —y esta observación pesa mucho— que sola y exclusivamente la auténtica vida cultural es lo contrario de la “vida mala”, pues religión, moral, etc., es decir, todo lo superior e inferior

está íntimamente unido y sostenido con y por la vida cultural sin restricciones, sentimentalidades y sin errores. ("En donde no hay cultura hay barbarie" dice Ortega y Gasset). No existe ni vida religiosa, ni vida moral en pleno florecimiento "por sí solas" o aisladas. (*Gratia praesupponit naturam*). La vida cultural, la vida cultural auténtica, es la única salvación, tanto de las capas sociales altas como bajas. Desgraciadamente las ideas, tanto de los sacerdotes como de los pedagogos, sobre lo que es cultura auténtica, generalmente son aterradoras!

Dije que el reconocimiento del hombre arquitectónico es enteramente diferente del reconocimiento del hombre primitivo. Es falso hablar sin más ni más del "reconocimiento humano". También la idea de la inteligencia se nos presenta aquí como algo muy problemático. Existen facultades humanas de cierta manera más importantes que la inteligencia. Y con este problema de la inteligencia surge otro, es decir, el problema del "estar despierto", pero el "estar despierto" no tanto en el sentido de "no dormir", sino en un sentido superior, en un sentido metafísico o meta-arquitectónico.

Menciono solamente algunas pequeñas observaciones de Erwin Strauss². Dice Strauss: "¿Qué sabemos "del estar despierto"? "En la práctica todo, en la teoría nada". "La experiencia de estar 'despierto' no es un resultado de nuestro juzgar, sino siendo despierto podemos juzgar, es decir, somos capaces para juzgar". Es decir, la calidad de nuestro juicio *depende* del estado "estar despierto" y "la estabilidad de nuestro mundo despierto *no está fundado en un juicio; ella es pre-lógica*". "Estar despierto es un hecho fundamental. "Estar despierto es la base sobre la cual está erguido el mundo humano". Según esto: El "estar despierto" no es una situación; es un estado meta-arquitectónico. El hombre humano, un hombre formado, es un "sér despierto", es *esencialmente* un "sér despierto", siendo él un "sér arquitectónico"³.

Repito: El reconocimiento del hombre arquitectónico, del sér erguido, es enteramente diferente del reconocimiento del hombre primitivo e infantil, siendo el hombre arquitectónico, el hombre formado, un "sér despierto" *en un sentido superior*. Por eso es falso hablar sin más ni más del "reconocimiento humano". "Estar en consonancia" —acto fundamental humano de la relación del hombre para con lo total, para con el cosmos y las cosas— es más que ver, oír, olfatear, etc. No existe un ver u oír; no existe ninguna acción humana auténtica superior, si no suena en todas estas actitudes sensitivas el elemento meta-arquitectónico. Y repito —hablando de las actitudes sensitivas— que el sentir

² Ibid. pág. 110 ss.

³ Como dice LE CORBUSIER, "La arquitectura es el juego de los volúmenes en la luz del día".

humano en el fondo no es un “reconocimiento” sino primordialmente *un modo sui géneris del sér.*

La consonancia mencionada presupone una unidad real arquitectónica entre el sentir y lo sentido, entre hombre y figura. Esta consonancia se manifiesta original y auténticamente en el sentimiento arquitectónico existencial. Con la propia existencia arquitectónica está dado y tenemos principalmente *la totalidad*, es decir, el mundo. Mundo es aquella esfera superior despierta y transparente, cuyo elemento primordial es *la luz*.

Hemos observado que el animal “vive espontáneamente” mientras el hombre “conduce su vida”. En esta conducta se manifiesta *sensiblemente* su valor superior. No se trata de una simple verticalidad mecánica. En mi conducta de vida, en cuanto tal experimento palpita una vida esencialmente superior. Por esto dice Pierre Merle: “Non seulement l’homme est vertical, mais il sait qu’il est”. Y en otro lugar describe el mismo autor: “La verticalité, celle de son corps s’est emparée de son cerveau, de son âme, de son coeur, de son être tout entier, de son sensorium, de son comportement. C’est une noblesse, une très récente noblesse apparue, une distinction particulière, qui comporte grandeur et privilèges, servitudes et obligations: *tout un éthique*”.⁴

En la misma parte de su libro menciona Pierre Merle una bella frase de un otro autor francés, Villiers, sobre el “l’homme vertical”: “*Sois pareil a l’ame de la forme*”.

El hombre humano siente que su existencia no es *naturalista*. “Devenir hombre es un arte”, dice Novalis. Este sentimiento arquitectónico existencial nos media la posibilidad para cualquier vida superior. Se trata de aquella relación pre-recognoscitiva trascendente que hemos mencionado. Este sentimiento, absolutamente asentimental y arromántico, une al hombre con cualquier forma cultural. Si no existiese esta misteriosa “vertical”, no existirían ni culto, ni cultura.

Que cierta obra musical es de Bach, que es una fuga, que es del siglo XVIII, que es para piano, etc., lo reconozco (por mi educación musical), pero que es *música*, música auténtica y que no es un ruido, no lo reconozco, lo siento, lo siento siendo yo mismo un sér erguido.

Y no solamente esto: esta música de Bach —como cualquier gran música— aumenta en forma indecible la intensidad de mi existencia despierta. Esto es, el efecto del misterio del gran arte, de la gran cultura, también necesario para que cualquier trabajo sea artístico, poético, científico, filosófico, etc. Y lo que dije justamente del efecto de la música vale todavía mucho más de la gran arquitectura que crea al hombre

⁴ PIERRE MERLE, *L’Homme et la verticale*. La Colombe, pág. 14 ss.

sensible una existencia transparente, despierta, silenciosa por excelencia.

En las relaciones propias entre esta existencia arquitectónica y una obra cultural auténtica, que se manifiestan en la consonancia y armonía entre estos dos polos, está basada también la idea del arte abstracto.

Solamente pocos se dan cuenta de las consecuencias funestas de un comportamiento corporal abandonado. Casi nadie sabe lo que significa religiosamente, moralmente, políticamente, ser y estar erguido. La propia comprensión de esta observación surge del centro más intrínseco de nuestra existencia. Toda discusión sobre cualquier tema superior, sobre cualquier obra artística, poética, musical, filosófica sin el sentimiento vivo de esta forma es vana, pues falta la orientación válida. Es el propio porte erguido, sostenido por la arquitectura, creada por el hombre, que nos capacita para juzgar. Justamente aquí falla generalmente el hombre contemporáneo, repanchigado en su mundo circundante, repanchigado espiritual y corporalmente. ¡El abandono del porte erguido no debilita solamente la vida cultural y moral sino la propia fe!

Con dificultades comprende el contemporáneo este aserto, *pero de este eje depende el mundo en su totalidad*. “Ningún mundo es posible sin la vertical, y esta dimensión es suficiente para conjurar por sí solo lo trascendente”, dice Mircea Eliade. El porte erguido es también el “porte público” y por esto también el “porte litúrgico”. En ambos casos se trata de un simbolismo profundo y auténtico.

Todos conocemos el problema del ser en la filosofía occidental. Interesante es lo que dice Heidegger, conocedor del pensamiento antiguo, sobre la idea del sér entre los griegos. “Sér” significaba según Heidegger, para los griegos, *constancia*, entendida como el “estar-en-sí-erguido”. Esta idea del ser como el “estar-en-sí-erguido” es una idea intrínsecamente arquitectónica y la archi-forma de la orientación.

Todo esto está basado en el hecho de que la existencia humana es esencialmente arquitectónica, lo que se manifiesta primordialmente en su porte que no es un porte casual y exterior, no es un primitivo “verticalismo”, sino una forma auténtica, si el porte erguido mismo es, como dice Walter F. Otto, “*un mito original*” en el cual y por el cual se manifiesta la deidad (comp. W. F. Otto, *Mythos und Welt*, página 262). En el momento cuando el hombre ha *sentido* y reconocido este porte como “la” forma, en este momento meta-histórico —que era el gran choque óptico de la humanidad— nació tanto la arquitectura así como el propio “hombre humano”, *¡nació Adán!*

Y este Adán hizo su primer paso. *Este paso era la danza*. Así nacieron no solamente arquitectura y hombre vivos sino con ellos también el ritmo vivo del cosmos que se manifiesta en la danza. Lo

divino apareció entre los hombres. "Todo lo verdadero en un sentido alto llegó al hombre por la danza... En ella está presente el ritmo eterno por el cual vienen los dioses a los hombres... Lo importante para nosotros es —así sigue Otto— que del ritmo del ser de las cosas nacen también la melodía y el lenguaje que son *uno* originalmente... Melodía y palabra no son alguna imagen, no son una traducción del ritmo de las cosas, sino el ritmo mismo en *presencia original*".

Arquitectura está basada en conducta de vida, conducta de vida en arquitectura, así como nacen de la "de-arquitectonización" del hombre, manifestándose en el repanchigamiento y en la proletarización, la decadencia de las costumbres, la inmoralidad, la indolencia religiosa y la arregligiosidad. También en lo negativo hay una espantosa lógica, pues arquitectura auténtica y legítima, es en su esencia, es intrínsecamente símbolo de lo sagrado, es esencialmente sagrado, y esto no por cualquier conveniencia. La pérdida del sentimiento arquitectónico es la pérdida de cualquier vida superior.